

Como dice Víctor Hugo al ocuparse de esta obra: «Por la primera vez la grande epopeya revolucionaria encontró un cantor digno de ella.»

Lamartine en sus *Girondinos* no trató más que un episodio de la Revolución en estilo lírico como el de Michelet, pero sin ninguna base de erudición, fantaseando á su capricho, sin ese respeto á la verdad que tan escrupuloso es en nuestro historiador. La obra de Thiers, aunque notable, carece por completo de ese relieve que únicamente puede dar á sus producciones un artista. Luis Blanc no hizo más que exponer los mismos caracteres y los mismos hechos que los otros, sometiéndolos á un detenido análisis, pero sin rectificar los anteriores errores, pues no fué á buscar las fuentes de su historia en los archivos y se guió únicamente por lo que otros historiadores llevaban escrito.

La obra de Michelet queda y quedará eternamente por encima de las de todos los historiadores de la Revolución. Como dice un famoso crítico: «La *Historia de la Revolución* de Michelet ha limpiado el campo histórico, que el espíritu monárquico había obstruído con absurdas leyendas y queda y quedará como obra poderosa de sinceridad, enérgica, vibrante y de una emoción que subyuga al lector.»

*
**

A Michelet, como á todos los hombres que tienen fe en sus ideas, le llegó la hora de las persecuciones.

Nunca quiso ser político militante. Al triunfar la revolución contra los Borbones en Julio de 1830 su antiguo maestro de retórica Villemain fue ministro y Guizot su compañero de profesorado ocupó varias veces la presidencia del gobierno. Ambos, que sentían por Michelet un verdadero cariño, quisieron interesarle en la política, hacerle diputado, medio seguro de que alcanzara una gran posición en la Cámara con su facilidad oratoria de profesor acostumbrado á la explicación diaria; pero no quiso ser más que escritor y maestro y siguió tranquilo y feliz dedicando su pluma al público y su palabra á la juventud entusiasta que acudía de todas partes á oír sus lecciones de Historia en el Colegio de Francia. Lo único que aceptó del gobierno nacido de la revolución de Julio fué la jefatura de la sección histórica en los Archivos Nacionales por lo mucho que esto facilitaba sus estudios.

Al triunfar la revolución de 1848 y proclamarse la segunda Repú-

blica Francesa, el pueblo de París le dirigió un mensaje solicitando su permiso para elegirle diputado.

Michelet, hombre de estudio, aislado en su casa, dedicado á un continuo trabajo y sin otro esparcimiento que su cátedra ó algun paseo solitario por los bosques inmediatos á París, resultaba sin quererlo un hombre popular. A ello contribuía el primer tomo de la *Historia de la Revolución* que acababa de publicarse con éxito inmenso, pero más aun las persecuciones de que había sido objeto por parte del elemento clerical poco tiempo antes de surgir la revolución. Del 46 al 48 Michelet había publicado en pequeños volúmenes *El Pueblo* y *El sacerdote, la mujer y la familia*, y en su cátedra del Colegio de Francia dió unas conferencias sobre los jesuitas que pusieron en conmoción á toda la juventud escolar de París. Justamente era preocupación general entonces los progresos que hacía la Compañía de Jesús á la sombra de la monarquía de Luis Felipe, á pesar de ser este un rey nacido de la revolución. Michelet, en su cátedra, abordó francamente la crítica de la asociación jesuítica. Nunca recibió esta golpes tan certeros y mortales como los que le asestó el gran historiador. La juventud acudía ansiosa á aplaudir al gran maestro; gentes que jamás habían pisado el Colegio de Francia se valieron de toda clase de medios para poder entrar en el aula; los periódicos radicales insertaban íntegras las lecciones de Michelet; publicáronse éstas en un volumen que alcanzó una gran tirada y durante mucho tiempo habló todo París de aquel valeroso profesor y de sus conferencias contra los jesuitas.

La conmoción fué tan grande que el gobierno, influido por la Compañía y por la consideración de que Michelet era republicano, le despojó de su cátedra en medio de generales protestas de la opinión, siendo este hecho una de las causas que contribuyeron á la caída de Luis Felipe.

Natural era que al establecerse poco después la República el pueblo de París pensara en enviar á la Asamblea Constituyente al sostenedor en la cátedra de las doctrinas republicanas y librepensadoras. Pero Michelet no quiso aceptar. Habitado á las tranquilas explicaciones profesionales y al silencio de su gabinete de escritor, sentía repulsión ante las agitaciones de la vida pública y las pequeñas luchas del parlamentarismo. Y sin embargo, este hombre tranquilo, que se mantenía alejado en medio de sus libros y papeles de las batallas tumultuosas de la vida como un benedictino de la literatura, era por la ley del contraste

un entusiasta adorador de la acción cuando esta servía para llevar á la práctica los ideales de progreso.

Una vez que un admirador le manifestaba su entusiasmo por sus obras, Michelet sonrió tristemente y mirando al suelo murmuró con voz melancólica

—¡Ser Garibaldi!... Eso sí que es hermoso.

Mientras subsistió la segunda República, Michelet vivió apartado de la vida pública, escribiendo su *Historia de la Revolución*, desempeñando su cátedra y trabajando en sus Archivos. Pero esta obra tan querida había de terminarla en las más tristes circunstancias y agitado por penosas preocupaciones.

Poseído de entusiasmo por la Revolución narraba la historia de la primera República; y la segunda, á cuyo nacimiento había contribuido y en la cual no intervino para nada, se derrumbaba en torno de él. Cantaba en su libro un himno á la libertad y de repente, la vió una mañana perecer bajo los pies de los batallones ebrios que Napoleón *el Pequeño* lanzó á las calles de París el 2 de Diciembre para dar el golpe de Estado.

Sus amigos fueron presos ó tuvieron como Víctor Hugo que partir para un largo destierro: la persecución contra los republicanos se organizó en toda Francia. Michelet se vió de nuevo despojado de su cátedra del Colegio de Francia: el gobierno cesarista procedió con él arbitrariamente, sin reconocerle siquiera el derecho á la jubilación por sus muchos años de profesorado. Bonaparte temía al escritor republicano, maestro de la juventud literaria que desde su cátedra había de seguir manteniendo el entusiasmo por la República.

Pocos meses después en Junio de 1852, le exigieron juramento de adhesión al nuevo Imperio. El respetable profesor, fiel siempre á la República, se negó á prestarlo alegando que era contra su conciencia y le quitaron su puesto en los Archivos Nacionales, prohibiendo además que en los establecimientos de enseñanza se admitiesen sus obras como texto.

Privado de sus cargos tan legítimamente ganados, y con la prohibición que pesaba sobre sus libros, Michelet vió en peligro su subsistencia. Le quedaba su pluma; pero la Francia, anonadada por el reciente cambio de instituciones, no quería leer á los escritores republicanos y únicamente podían vivir los autores que adulaban al Imperio.

En medio de su carrera de continuo trabajo le sorprendía la fatali-

dad, arrebatándole los medios materiales de existencia; pero no desmayó ante la desgracia. Lejos de ello, esta prueba penosa sirvió para renovar su talento, que tuvo una segunda primavera, próximo ya á la vejez.

Además Michelet contaba con una buena hada para batirse con la adversidad. Era su segunda mujer, la que fué la compañera de los últimos veinticinco años de su vida, la inspiradora y colaboradora de muchas de sus obras.

La desgracia que le abandonó en la adolescencia volvía en su busca al verle viejo. Pero ahora era fuerte; una mujer joven le daba su calor amoroso, comunicándole fuerza y energía para desafiar los golpes de la suerte.

El segundo matrimonio de Michelet es la novela tierna y sencilla entre un anciano glorioso y una joven que llega hasta el amor por el camino de la admiración literaria. Es un idilio que surge en plena vejez y hace crecer milagrosamente las rosas entre la nieve de los años.

*
* *

Luchando por la República durante el reinado de Luis Felipe, dominado por la fiebre de la discusión batalladora en sus conferencias contra los jesuitas que tanto agitaron la opinión, Michelet no se daba cuenta de la soledad que existía en torno de él cuando volvía á su hogar.

Su esposa había muerto en 1839; un hijo que tenía vivía lejos de él; una hija, se había casado y solo la veía de tarde en tarde; su padre murió, como ya dijimos, cuando él acababa su primer tomo de la Revolución. Michelet vivía solo como uno de esos profesores solteros confiados al cuidado de una sirvienta vieja, sin más familia que los libros ni más afectos que sus trabajos literarios. Al cesar la fiebre del combate con el triunfo revolucionario de 1848 y reanudar Michelet su metódica vida repartida entre la cátedra, los Archivos y la redacción de su obra, se dió cuenta de la soledad y el silencio que existían en torno de él.

Por entonces comenzó á entablar correspondencia con una joven desconocida que vivía en Austria, prestando sus servicios en una gran familia como institutriz francesa. Lejos de la patria y obligada por la necesidad de ganarse el pan á vivir con gentes extrañas que la trataban con altanera consideración, la pobre joven languidecía en la tristeza y el fastidio. Al leer el último libro de Michelet *El sacerdote, la mujer y la familia*, la señorita Athénais Mialaret sintióse dominada por una

profunda admiración hacia el autor y le escribió pidiéndole que fuese el director de su conciencia, exponiendo el estado de su alma, solicitando que la socorriera con sus consejos. Michelet, seducido por el estilo ingenuo y al mismo tiempo elevado de aquella joven le contestó, y desde entonces establecióse entre el gran maestro y la pobre institutriz un cambio de pensamientos é impresiones que las circunstancias habían de convertir en algo más tierno.

Un día la señorita Mialaret se presentó en la casa de Michelet en París. La revolución del 48, extendiéndose por toda Europa, había obligado á emigrar á la noble familia austriaca, y la institutriz, falta de colocación, regresaba á su casa. Al verla su eminente amigo experimentó esa impresión instántanea y fulminante tantas veces descrita en las novelas. «Eran las cuatro de la tarde—dice Michelet—cuando ví por la primera vez á la que debía hacer el destino de mi vida. La primera impresión que sentí fué de sobrecogimiento. Pálida hasta el punto de hacer temblar por su salud, ¿cómo podía vivir aquella criatura? Y lo que hacía resaltar más esta palidez interesante era su traje negro con solo una rosa, pálida también, en su sombrero de terciopelo como para indicar que todo aquel negro no era de luto.» La joven, que era recatada y no quería exponerse á la calumnia, al comprender que Michelet había de visitarla abandonó el modesto hotel donde se había alojado y entró en un colegio á prestar sus servicios por solo la comida y la habitación.

Michelet no tardó en darse cuenta del peligro á que le impulsaba su viva simpatía por aquella joven. Un hombre de cincuenta años, enamorado de una joven que aún no tenía veinte, resultaba ridículo. Intentó resistirse, pero fué en vano. El grave profesor del Colegio de Francia, el historiador célebre encanecido en los archivos sufría á los cincuenta años las angustias amorosas, los nerviosos anhelos de un adolescente. Se propuso no ir en busca de la institutriz y en sus paseos iba siempre instintivamente hacia el colegio donde estaba. Durante seis días pasó ante su puerta sin atreverse á subir, pero al séptimo no pudo callar más tiempo y la envió una carta: al octavo cayó á sus pies declarando su amor y desde entonces á todas horas la escribió cartas ardientes de pasión, tan hermosas, tan dignas de ser conocidas por su belleza literaria que en este mismo año (1899) la viuda de Michelet, pocas semanas antes de morir, las ha publicado con gran aplauso del público.

Estas efusiones amorosas del hombre célebre satisfacían la vanidad

de la joven y la infundían lentamente el cariño de que tantas pruebas dió algún tiempo después, cuando Michelet se vió en la desgracia, necesitado de apoyo y consuelo. Michelet estaba cada vez más enamorado. Allá á donde iba, á la cátedra, á los archivos, á todos los lugares severos donde le llamaban sus ocupaciones científicas le acompañaba la



Madama MICHELET

Copia de un cuadro de Mlle. Poret

imagen melancólica de la enferma joven. Esta, ante sus pretensiones amorosas, callaba discretamente con la reserva que su edad y su sexo le imponían, y el gran escritor, exasperado por esta prudencia, que bien pudo ser coquetería, se exaltaba y la pedía con entonación lírica los más insignificantes favores: «Mi querida joven, mi blanca señorita—le escribía con la misma pluma que trazaba las páginas de la *Historia de Francia*.—No puedo veros tan pálida sin sentir un profundo dolor. Gocemos juntos un poco de aire, de sol, de vida.» Y la llevaba á pasear á los lugares más tranquilos y virtuosos de París. A las Tulle-

rías, entre los corros de niños, al Jardín de Plantas, donde algun estudiante miraba con asombro al hombre célebre dando el brazo á una joven vestida modestamente y con aire de enferma, al museo del Louvre, donde paseaban seguidos por la opaca mirada de las momias egipcias. Nada de conversaciones frívolas, ni de susurros amorosos en la oreja: la conversación era digna de un gran escritor y de una institutriz grave y algo romántica. Michelet hablaba de la Naturaleza y de la muerte, le anticipaba lo que iba á decir al día siguiente en su cátedra ó le leía las pruebas de su próximo libro. En el Louvre, ante los sepulcros asirios ó etruscos, daba para ella sola magníficas conferencias de historia; pero poeta y enamorado, sus graves palabras se impregnaban de la ternura que se desbordaba de su corazón y á propósito de Sesostris ó de Julio César decía cosas que equivalían á declaraciones.

Por fin un día, tembloroso como un colegial, propuso á la joven ins-

tituliz el llevar su nombre glorioso, que con tanto gusto hubiesen aceptado muchas mujeres ricas y hermosas. La señorita Mialaret por toda contestación le rogó gravemente que la acompañase hasta su casa, y al despedirse ante la puerta prometió escribirle.

Michelet esperó con ansiedad la carta prometida. Su corazón de quincuagenario latía con impaciencias y fiebres de muchacho. La tan esperada carta llegó por fin. «Os perteneceré cuando queráis y como queráis, lo mismo en la felicidad que en la desgracia. Ya lo sabéis. Lo que de mí hagáis me importa poco.» Estas palabras de absoluta y dulce sumisión arrancan lágrimas de alegría á Michelet, y su entusiasmo se desborda en una carta con frases de pasión que parecen estrofas del *Cántico de los Cánticos*. «Creía vivir en las tristes sombras de la noche y no es la noche lo que llega. Gracias á tí es la mañana. Tú has llegado hasta mí, pálida y seductora, refrescando mi corazón, haciéndolo revivir con tus dulces lágrimas. Y desde entonces luce para mí la aurora.»

Michelet sintió la necesidad de comunicar su dicha á todo el mundo. Corrió á casa de su hija é inútil es decir que esta y su marido no se manifestaron tan contentos como él. Tres meses pasaron de relaciones castas y fervorosas y por fin se realizó el matrimonio.

Madama Michelet fué adorada como no lo ha sido ninguna mujer en el mundo. Los últimos libros de Michelet lo atestiguan: el estilo tierno y sentimental de su última época, al escribir *El Amor*, *El Pájaro*, etcétera, no era más que un reflejo de aquel cariño siempre vivo y vehemente que sentía por su esposa.

Esta tenía derecho para escribir (pocas semanas antes de su muerte) al frente del volumen que contiene las cartas inéditas de Michelet, admirable libro de amor, estas tiernas palabras: «Veinticinco años han pasado desde que murió Julio. Añadiendo los otros veinticinco de nuestro estrecho himeneo forman justo un medio siglo, hoy domingo 12 de Marzo de 1899. Solemnizo en mi corazón el cincuentenario de nuestro matrimonio, porque yo no soy su viuda, soy su alma que se ha retardado un poco sobre la tierra.»

*
**

Volvamos á Michelet en el momento en que el Imperio le despojó de sus funciones oficiales por su entereza republicana.

Sin recursos para seguir viviendo con el mismo desahogo que antes, sin obligación de permanecer en París por haberle despojado de su cátedra y de la dirección de los Archivos, disgustado por el espectáculo que ofrecía la gran ciudad con las fiestas y el lujo insolente de los aventureros elevados por el golpe de Estado, Michelet resolvió retirarse al campo con su animosa compañera, que hacía valientemente cara á la desgracia y le animaba á continuar en sus trabajos.

Establecieron cerca de Nantes en una casita sobre una colina inmediata al mar, y allí, entre el estrépito de las grandes tempestades, acabó Michelet como ya hemos dicho su *Historia de la Revolución*. Al terminar su obra y pasar los días en la inacción abismándose en el examen de la Naturaleza, Michelet comenzó á percibir las voces misteriosas y extrañas de la soledad. Su salud estaba quebrantada por el exceso de trabajo, su esposa se hallaba también enferma por el clima rudo de aquella costa y se vieron obligados á buscar una temperatura más dulce, un cielo más clemente, trasladándose á un pueblecillo italiano á dos leguas de Génova en un pliegue de los Apeninos. Los médicos habían prohibido todo trabajo á este trabajador infatigable; los libros había de considerarlos como terribles enemigos después de haber pasado su vida entre ellos; y obligado á abstenerse de leer y escribir, se dedicó, según él mismo cuenta, «á correr por las rocas en buena sociedad con los lagartos que juegan y duermen al sol.»

Pero en la costa de Génova, árida y bañada por un mar estéril en el que apenas si existen peces, la vida animal es casi nula. Esta vida que deseaba contemplar Michelet la encontró á su regreso á Francia: «delante del Océano—dice—en el promontorio de Heve, sobre las viejas cimas que lo dominan. Allí entre otras cosas comencé á comprender á los pájaros que hablan más que cantan; las golondrinas, por ejemplo, que conversan sobre el buen tiempo, la caza, el alimento escaso ó abundante ó la próxima partida para las tierras cálidas: en fin de todos sus asuntos.»

El fruto de esta renovación moral que sufrió Michelet viviendo en plena naturaleza, el resultado de la influencia que sobre él ejerció su segundo matrimonio, fué su libro *El Pájaro*, publicado en 1856.

Michelet, que había poetizado la historia de los pueblos, se entraba ahora en la historia natural poetizándola también. En *El Pájaro* aparece como en sus mejores obras históricas, la ciencia aliada con el arte, el espíritu de observación unido á la potencia imaginativa. Sobre la ba-